



HUMANISMO EN LA EDUCACIÓN

Hugo Montes Brunet¹

RESUMEN:

Cuando se hablaba de humanidades en la Enseñanza Media, caracterizó a la educación el humanismo, valor que se pierde con la supresión, en liceos y colegios, de los estudios de literatura, historia y filosofía.

Palabras claves: Educación, humanismo, literatura, historia, filosofía.

ABSTRACT:

HUMANISM IN EDUCATION

Humanities used to be an essential value in secondary education yet this is lost with the suppression of subjects such as literature, history and philosophy.

Key words: Education, humanism, literature, history, philosophy.

Agradezco hondamente la invitación a este Séptimo Congreso Internacional de Humanidades que tiene lugar en la Facultad de Historia, Geografía y Letras de nuestra principal Universidad de Educación, la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. En ella, fui alumno y profesor de Literatura. La misma Decana –lo digo con orgullo– fue alumna mía.

Déjenme quedarme con la palabra *Humanidades*, tan vecina de *humanismo*, término sin duda vinculado a la palabra *Hombre*. Fue acuñado para la cultura nuestra en el Pre Renacimiento, con la figura emblemática de Petrarca, y culmina siglo y medio después con otra figura superior, Erasmo de Rotterdam.

Estos humanistas vivieron, siendo cristianos, un ideal de hombre y aun de sociedad inspirado en la cultura antigua, la grecolatina. Conocían los idiomas respectivos, admiraron sus grandes manifestaciones filosóficas (Platón, Aristóteles), plásticas (Fidias) y literarias (Homero, Virgilio, Horacio, los trágicos, los fabulistas, Cicerón). No repetían sino creaban y recreaban. Estaban haciendo obra, no de erudición, sino de cultura. Proponían un nuevo estilo de vida para los siglos XIV a XVI, apoyado en lo que admiraban. La lírica de Petrarca cuenta por su vecindad con Horacio, pero, sobre todo, por su calidad intrínseca y por la influencia decisiva que tuvo en toda Europa. El espíritu crítico y humanístico del *Elogio de la locura* no se proyecta hacia los antiguos autores de comedias, como Plauto o Aristófanes, sino hacia la actualidad de su propio tiempo.

Ya calcularán a dónde voy con esto: a mi preocupación por la pobreza antropológica de la educación de hoy. Conozco más, obviamente, la situación de Chile. El país ha entrado de lleno al mundo globalizado: comunicaciones, TLC, desarrollo económico, mejoramiento de las estructuras materiales (vialidad, aeropuertos, etc.), afianzamiento de las instituciones democráticas... Esto es de enorme importancia y hay que seguir en ello. Pero no podemos

¹ Montes Brunet, Hugo, Premio Nacional de Ciencias de la Educación, 1995.

olvidar que en este esquema hay un entorno con fallas muy graves: mala distribución de la riqueza, desintegración de la familia, aumento de la violencia... Todo se relaciona con lo económico, sin embargo, también, con otros aspectos fundamentales de la vida social y personal: ¿qué tipo humano queremos formar? ¿El exitista, el eficiente, el buen competidor...? Buscamos la felicidad confundida de hecho con el bienestar material y económico. Somos enormemente autorreferentes y olvidamos el espíritu de servicio. Y olvidamos también los grandes cauces de la tradición cultural, sea la europea, sea la aborigen. El árbol no dará nunca fruto si se le cortan las raíces.

Eduardo Solar Correa escribió setenta años atrás un libro pequeño que he releído más de una vez: *La muerte del humanismo en Chile*. Él refería esta muerte a la supresión de la enseñanza del latín en los planes oficiales de estudio. Hoy se podría escribir con el mismo título un libro más grueso y con fundamentos más amplios: la supresión en los liceos y colegios de los estudios de literatura, de historia y de filosofía. El castellano es ahora periodismo y registros de habla, pero no gramática ni –menos– literatura. La historia es sociología, la filosofía es psicología... Estamos dando las espaldas al estudio desinteresado de esas disciplinas. Vemos en ellas sólo su lado instrumental y pragmático. Nuestros alumnos crecen sin Homero, Platón, Shakespeare o Cervantes, sin Góngora, Quevedo o Bécquer..., aunque saben reconocer un hipérbaton y distinguir entre el narrador testigo y el narrador personaje.

Vuelvo ahora la mirada a algunos de nuestros poetas más representativos: Ercilla, Andrés Bello, Rubén Darío. Observemos bien. Fueron escritores de una definida cultura humanista y desde ella crearon obras superiores que alimentaron y debieran seguir alimentando el alma de nuestra América. Ninguno de ellos nació en Chile. El primero era español; el segundo, caraqueño; y el tercero, nicaragüense. Los tres, sin embargo, son de alguna manera poetas de Chile y América Latina. Hicieron obra supranacional, a la vez, que con gran riqueza de color local. Ercilla amó la naturaleza y a los hombres de Arauco aunque estuvo sólo trece meses en Chile; Bello fue político, jurista, educador, poeta, científico y recibió, mercedadamente, la nacionalidad chilena; Darío era poeta continental –nadie se extrañó que alguna vez se desempeñara como Cónsul de Colombia en Buenos Aires– y amó a Palenque y Uatatlán tanto como a Francia y España. Ninguno habría sido lo que culturalmente fue sin su sólida formación humanística.

Es tarea de los educadores y de los poetas y pensadores recuperar en nuestros países el espacio perdido para las humanidades. No sólo del precio del cobre y de la exportación de alcachofas o salmones viven los pueblos, sino de su espíritu forjado en la tradición y el porvenir.